



EL RECUERDO DE UNA NOCHE TRISTE EN EL MONTE

En un segundo aniversario.

Salimos de Guernica después del medio día. El automóvil marchaba velozmente por la carretera de Zornoza, cruzando la extensa vega, para dejar atrás, en poco tiempo, la anteiglesia de Múgica y los caseríos de Zugastieta, donde el paisaje vasco presenta su característica de plácido bienestar.

El tiempo era magnífico, espléndido, y nuestra ilusión se hermanaba amorosamente con la tarde suave y tibia.

La gente miraba curiosamente nuestro coche repleto de mantas, bastones y mochilas. Las cosas más heterogéneas estaban mezcladas, y nuestra indumentaria guardaba armonía con aquel desbarajuste.

Al día siguiente había de celebrarse la manifestación montañera que anualmente organiza la Federación Vasco Navarra de Alpinismo, y con objeto de llegar al punto de cita a la hora convenida, atravesamos rápidamente los apacibles poblados del valle de Arratia. Había que llegar al inmenso Gorbea de víspera.

Nuestra alegría y el deseo de llegar al monte, se hizo más vivo al ponernos en contacto, en Ceánuri, con los amigos y compañeros de expedición. Aumentada la comitiva, seguimos hacia Barazar, donde parece sentirse la montaña deseada.

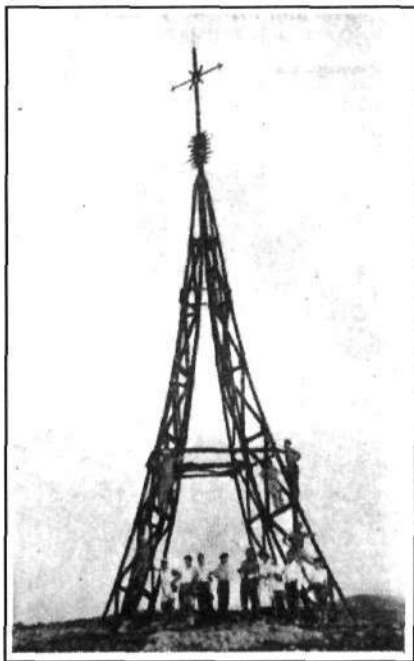
¡Qué emoción más sincera! ¡Qué entusiasmo más noble! Los primeros pasos que dimos sobre el césped, seguros y firmes, espoleando nuestro deseo, daban rapidez a los movimientos. Al cabo de una hora de seguir los zigzags del camino, casi de cabras, veíamos abajo la cinta blanca de la carretera como un hilo sutil; delante, en cambio, las fuertes tonalidades de la montaña, las cimas de rocas descarnadas, desaparecían rápidamente envueltas por espesa niebla. La desorientación se apoderaba de nosotros y la ascensión por aquellos vericuetos se hacía, por momentos, más penosa. Después de andar tres horas, nos hallamos completamente perdidos.

La niebla que nos envuelve es tan compacta que a seis metros de distancia no es posible distinguir la silueta de un hombre.

No obstante, nadie pierde la esperanza de encontrar el camino deseado. Los veteranos confían en su saber, y los novicios en la experiencia de los veteranos. Hay momentos de indecisión, de duda, de discusión. El Norte es allí, dijo uno, y hemos de seguir esa dirección. Poco tiempo después encontramos el camino, y una hora más tarde, llegamos triunfalmente a la *txabola* del pastor *Sesilio*, nuestra deseada *txabola*. ¡Qué fuerte respiramos!

* * *

Las cumbres del Gorbea entre Vizcaya y Alava, como las de Aralar en Navarra y las de Urbía de Aitzgorri en Guipúzcoa, son las montañas más queridas del País Vasco. Parece que estos montes, donde se van encontrando solemnes muestras de la civilización megalítica, tienen algún atavismo que atrae a la raza. Allí viven patriarcalmente los pastores de hoy como vivieron sus antepasados de hace uno o varios milenios, ha- Al fondo arde la leña y su humo se aprovecha para curar los buenos quesos que, alineados en los estantes, bordean la estancia.



Cumbre del Gorbea.

Poco después de llegar, la *txabola* de *Sesilio* está que arde; un gran fuego y abundante y sabrosa comida. Allí nada falta.

Satisfecha la necesidad de restablecer las fuerzas gastadas en la ascensión, se habla animadamente en torno del hogar, y a la media noche se presenta un pequeño problema de acomodamiento. La *txabola* de *Cecilio* es insuficiente para todos, y salimos seis para descansar en otra *txabola* cercana. El pastor va delante con un farol en la mano. Con las boinas encasquetadas y embozados en mantas, para evitar la humedad que produce la niebla, cada vez más intensa, le seguimos.

La pequeña luz del farol alumbra poco y caminamos a tientas. La calma, la quietud de los árboles y de las rocas, es tan intensa como la montaña misma. De pronto una voz lejana rompe el silencio. La conversación cesa y todos, instintivamente, detenemos la pausada marcha. ¡Auxilio, por favor, auxilio!, dijo un hombre con acento acongojado. ¡Auxilio! ¡Auxilio!, repitió cien veces más. Al pronto que-

blando la vieja y bella lengua vasca y conservando sus costumbres sencillas y honradas. Allí acuden en la primavera y viven felices instalando sus *txabolas* en los lugares más aptos, bajo las altas rocas, aislados del mundo, sin más enemigo que el invierno; luego, cuando comienzan las nieves, se ven obligados a dejar las cimas y refugiarse en los valles.

Y tan sencillas como sus vidas son sus viviendas, hechas de piedra, madera y tierra. La puerta es tan baja que se precisa hacer una gran inclinación para entrar.

damos sorprendidos y, después, atónitos. ¿Qué podrá ser?, dijimos. La voz era siempre la misma, y un hombre solo en el monte a esas horas es casi inconcebible.

La niebla era espesa, pero había que tomar una resolución y acudir a la demanda. Acordamos dividirnos y tres marcharon con el pastor hacia el lugar de donde venían las voces de auxilio, llevándose el farol. Nuestra situación se hizo un poco difícil. Completamente a oscuras, paso a paso, salvando las dificultades del camino para llegar a una cerca de alambre de espino; saltamos la cerca y, con cuidado, abrimos la puerta. A lo lejos, seguía pidiéndose auxilio.

Aizpegi, «Mira peñas», es el nombre de la *txabola* en que entramos. Maciza y



Gorbea: Refugio de Pacho Bilbao, donde el infortunado Bacigalupe estuvo horas antes de su muerte.

fuerte, de piedra, con tejado de cemento, ha de ser, forzosamente, de dimensiones reducidas, a fin de resistir los vientos, las aguas y las nieves, que, en el lugar dominante que ocupa, han de golpear con violencia. Interiormente es, no sólo confortable, sino lujosa: pronto se ve que no es *txabola* de pastores, sino estancia de recreo.

Encendimos una vela y preparamos las camas para descansar, pero la impaciencia nos vence y salimos. Seguía oyéndose el triste monólogo del que demandaba auxilio. Aquel hombre no podía estar herido; al contrario, demostraba gran resistencia y una garganta magnífica. Hacía más de una hora que repetía con machacona continuidad, la palabra ¡auxilio!, y cada vez parecía estar poseído de más grande congoja.

Hicimos todas las suposiciones posibles, imaginando las diferentes situaciones que pudieran ser la causa de aquel terror. Un hombre, extraviado por la niebla,

no tenía razón para demandar auxilio de aquella forma en tales horas. Debía sucederle algo más.

Había transcurrido una hora larga cuando comenzamos a oír las voces de nuestros compañeros que, habiendo llegado cerca del que gritaba, le hacían diversas preguntas; pero nuestra impaciencia aumentaba, porque no podíamos entender las respuestas.

Poco después, el interrogatorio dejó de oírse, y otra vez el silencio se hizo total, absoluto, interrumpido únicamente por el tintineo de las esquilas del ganado y por el ruido que hacía el agua al escurrirse en las hojas de los árboles.

Horas más tarde regresaron nuestros compañeros, empapados de agua y tran-



Gorbea: La alegre vida en las chavolas.

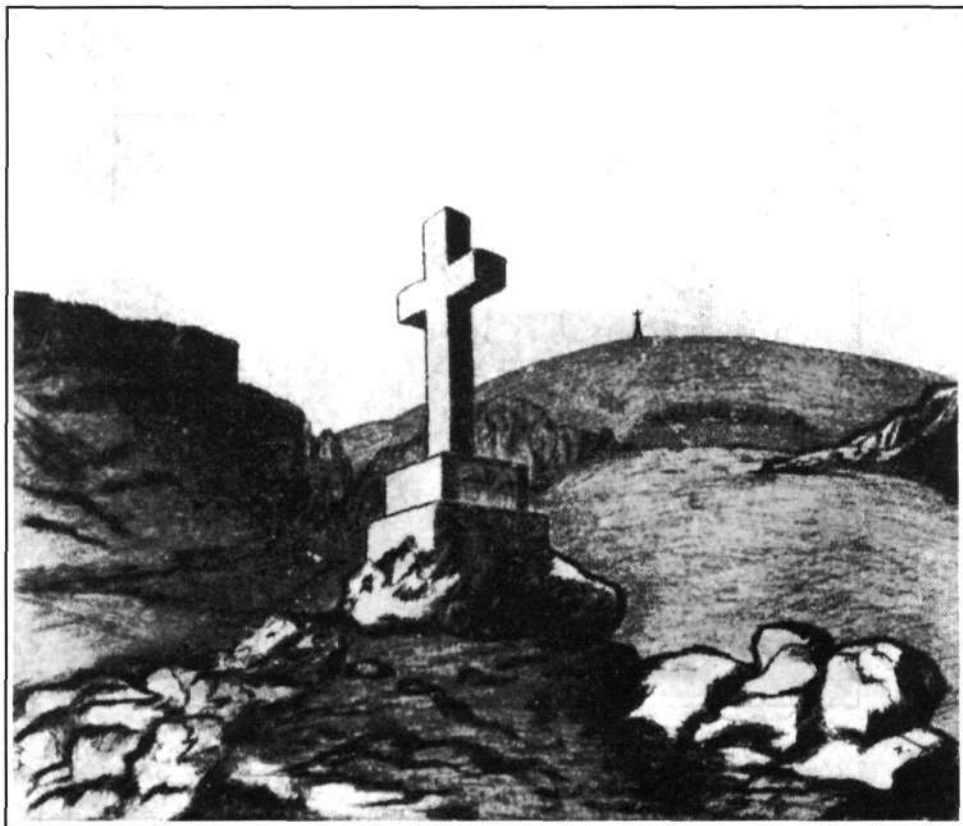
sidos por la pena y la fatiga. Y comprendiendo nuestro deseo, uno dijo: —Ha habido un muerto. Después contaron los detalles.

Dos amigos de Bilbao que, como nosotros, habían subido la víspera de la fiesta, después de cenar en una *txabola*, salieron en dirección del refugio de Iguiriñao, donde se proponían pasar la noche. Los dos conocían el monte, pero extraviados por la niebla, completamente desorientados, caminaban hacia el precipicio. El que iba delante, llevando un farol, pisó en el espacio... y se despeñó. A dos pasos de él su compañero, al sentir el golpe seco, producido por el cuerpo que caía, aterrado, le llamó repetidas veces. Todo fué inútil: el desgraciado no pudo exhalar ni una queja. En tan horrible situación, al margen del precipicio, sin luz ni guía, tuvo la serenidad necesaria para permanecer quieto y repetir una y mil veces la palabra ¡auxilio! que nosotros oímos con tan repetida insistencia.

Cuando nuestros compañeros y otras personas, que, hallándose en el refugio, se les unieron, le encontraron a un metro escaso del trágico precipicio, de gran profundidad, estaba como loco. El terror y la pena se habían apoderado de su espíritu.

* * *

Poco dormimos aquella noche, pero desde que el pastor *Sesilio* dijo *gabon*, todos quedamos en silencio. Quien más, quien menos, daba vueltas en la cama



Yauskeran Jauna Zeugañño, igo neban.

buscando la mejor postura, hasta que, a las ocho, el mismo *Sesilio* abrió la puerta y vimos la luz del día que, para mayor tormento, seguía con la niebla persistente.

Por todos los caminos se oían voces alegres, las melodiosas tonadas de la tierra, cantadas por los montañeros que, ignorantes de la tragedia, llegaban a las cumbres.

A la hora de la misa, la pradera de Iguiriñao, a 1.300 metros de altura, estaba llena de alpinistas de ambos sexos. Suspendidas las fiestas, el viril *aurresku*, donde la raza muestra su pujanza al son del *txistu* y del ceremonioso tamboril, la alegría sana, fuerte y optimista que siempre producen las cumbres, estaba amortiguada.

Pero cuando la sencilla y devota ceremonia se acababa, el sol rompió los velos de la niebla, y rápidamente se presentó ante aquella multitud, la grandiosidad de la inmensa montaña con sus crestas rocosas y sus finas praderas de cumbre.

Nos hallábamos en el nunca bastante ponderado Gorbea, el gran monte que, uniendo Alava y Vizcaya, da vigor al cuerpo, calma al espíritu y paz al alma. La montaña bella que hace olvidar al hombre los rencores, las luchas y menudencias del llano, donde la vida, —por increíble paradoja—, es más esquiva, más dura, más brutal.

Sobre las cimas parece se está más cerca de Dios y que los hombres son más hermanos.

* * *

Lector: Cuanto has leído es realidad. Todo sucedió, y lo he vivido, desde la tarde del 30 de Julio hasta la festividad de San

Ignacio de Loyola, el gran Santo guipuzcoano, hace ahora, precisamente, dos años.

Algunos meses más tarde, en Octubre, ante un reducido número de alpinistas, en el mismo lugar de la tragedia, se celebró otra ceremonia de extremada sencillez. Fué colocada una cruz con dos inscripciones: «Hasta aquí ascendió mi cuerpo, y mi alma desde aquí hasta Dios», dice la que está escrita en castellano, y la redactada en vasco: *Yauskeran Jauna Zeugañaño, igo neban*, «Al caer, Señor, subí hasta Ti».

Guernica, 7 de Junio de 1929.

F. AMADOR CARRANDI.

(Fotografías Zotri y Fariñas, dibujo de Espinosa)



Gorbea: Campa de Arraba, al fondo Lekanda.

